

Capítulo 6.

Notas de lectura sobre El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Una mirada desde Sloterdijk

*Ingrid Vargas*²⁹

*Johan Hurtado*³⁰

*Oscar Espinel*³¹

29 Corporación Universitaria Minuto de Dios. Colegio Unidad Residencial Colseguros.

<https://orcid.org/0000-0002-6170-7910>

Correo electrónico: ing.samu73@gmail.com

30 Corporación Universitaria Minuto de Dios. Colegio Unidad Residencial Colseguros.

<https://orcid.org/0000-0002-7475-605X>

Correo electrónico: johan.steven.h2@gmail.com

31 Corporación Universitaria Minuto de Dios.

<https://orcid.org/0000-0001-9378-0293>

Correo electrónico: oespinel@uniminuto.edu

...frecuencias a gente, un rayo plomaba La gripa no dieron sepultura pos. Los on cómo e persoaron en de los mil decesos rrieron en el año, 871 fueron causados por el virus. Más de cuarenta mil personas sufrieron la enfermedad solo en Bogotá. Entre octubre y noviembre murieron en el país 1.573 personas.

La epidemia, aunque tocó a todos los sectores de la sociedad, se ensañó especialmente con la población menos favorecida. Se desnudaron las grandes carencias en salud pública del país. En noviembre, la 'peste' empezó

La gente, por un rayo plomaba s. La gripa

no dieron sepultura

erpos. Los ron cómo e persoaron en

arco Fidel en su desmal no lo

La epidemia, aunque tocó a todos los sectores de la sociedad, se ensañó especialmente con la población menos favorecida. Se desnudaron las grandes carencias en salud pública del país. En noviembre, la 'peste' empezó

EN L
dram

“Desocupado lector: sin juramento, me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de la naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante”
(Cervantes, 2001, p.11)

Introducción

Las aventuras y desventuras del Caballero de la triste figura, junto a su deslucido Rocinante y su escudero Sancho Panza, han ocupado cierta centralidad, irrefutable, en la literatura universal. Muestra de ello ha sido la traducción a más de 140 idiomas, desde la primera publicación, de: *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. El éxito, del “hijo feo y sin gracia alguna” (Cervantes, 2001, p. 11) de Cervantes, se debe tanto a su forma como a su contenido, pues se estructura bajo diversos géneros literarios, que van desde la prosa hasta el verso, pasando por la tragedia y la comedia.

El argumento central de la obra encuentra su disparador en la lectura, cuando Alonso Quijano se internó, de forma exacerbada, en los libros de caballería hasta que se “le secaron los sesos”; pues:

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. (Cervantes, 2001, p. 24)

Truncándosele de tal modo la memoria, tomó las armas de su bisabuelo, se ciñó la celada, el peto y las grebas; montó a rocinante, pensó en Dulcinea y se lanzó a sus deseadas aventuras caballerescas. Este proceder tomado por locura es, de cierta manera, el del lector, ya que a este:

le sucede algo muy raro. El libro que lee no es jamás el mismo que el autor escribió. Mientras lee, imagina otros paisajes, otras caras para los personajes, otros olores, otros colores, todo distinto. Cada elemento del libro que se lee se mezcla en sus propios recuerdos y sus miedos personales, sus sueños individuales. (Machado, 1994, citado en Reyes, 2013, p. 71)

El punto indiscernible entre el libro y el lector es todo un misterio, puesto que la lectura no solo pasa por ser la enunciación en voz alta o por el desciframiento silencioso de grafos aglutinados en páginas, postales, rocas o afiches, sino que conduce a cierta relación íntima del hombre. De hecho, el fenómeno quijotesco no es el único que muestra los efectos de la lectura; también se encuentran en *Madame Bovary*, de Flaubert; y en *Las penas del joven Werther*, de Goethe. En el primero, el personaje principal, Emma Bovary, es incapaz de concebir las relaciones fuera de sus lecturas e ilusiones del amor cortés, su descontento conyugal se da en la tensión entre sus aspiraciones y la realidad; cuestión que derivó en el bovarismo o síndrome de Madame Bovary; término acuñado por Jules de Gaultier. El segundo, el *Werther*, fue un texto literario que conllevó a un número significativo de suicidios al alojarse en las conciencias de los jóvenes del siglo XIX, una vez estos se sintieran emparentados con el personaje. Tanto así que:

Los jóvenes se vestían con las ropas de Werther, que eran, en realidad, las que llevaba Jerusalem el día en que murió: chaqueta azul, chaleco amarillo y botas altas; las mujeres se perfumaban con *Eau de Werther* y en todos los hogares había baratijas o figuras de porcelana con las efigies de Werther y Lote. (Iriarte, 2016, p. 1)

Ese influjo de la lectura en la vida de los individuos podría entenderse bajo la consigna “somos lo que leemos” y a pesar de

ello, no se alcanzaría a iluminar suficientemente el campo de estudio con este aserto. Así pues, valdría la pena señalar lo que el filósofo alemán Peter Sloterdijk, en la conferencia *Normas para el parque humano*, comienza diciendo:

Como dijo una vez el poeta Jean Paul, los libros son voluminosas cartas para los amigos. Con esta frase estaba llamando por su nombre, tersa y quinta esencialmente, a lo que constituye la esencia y función del humanismo: humanismo es telecomunicación fundadora de amistades que se realiza en el medio del lenguaje escrito. Eso que desde la época de Cicerón venimos denominando *humanitas* es, tanto en su sentido más estricto como en el más amplio, una de las consecuencias de la alfabetización. (Sloterdijk, 2006, p. 19)

Si la alfabetización fue la que dinamizó el humanismo, es claro que la lectura y la escritura se encuentran, en mayor o menor medida, en el *quid* de la domesticación del hombre. Huelga decir que este —el ser humano— no nace siendo lo que es, sino por el contrario, son ciertas técnicas, dispositivos o ejercicios los que terminan constituyéndolo; elementos variables que Sloterdijk ha arrojado bajo el término de *antropotécnicas*. En este sentido, el presente ensayo busca interrogar la lectura desde la batería analítica del filósofo alemán, teniendo como telón de fondo *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, con el fin de elucidar la lectura bajo nuevos horizontes que la ubican en los sistemas psico-inmunológicos y la establecen como uno modo de autoproducción de subjetivaciones. Por tal motivo, el texto se ha organizado en cuatro apartados. El primero de ellos, titulado *El maltrecho Quijote: una apología a los lisiados*, aborda la pregunta antropológica de la mano de Sloterdijk y el Quijote. El segundo apartado, *Sistemas inmunitarios: una reflexión acerca de la condición del Quijote*, y el tercero, *Del ejercicio y el hábito*, se ocupan del carácter ejercitante del ser humano. Por último,

antes de presentar algunas líneas a manera de conclusión, se proyecta una mirada a la lectura como domesticación, título del cuarto apartado.

El maltrecho Quijote: una apología a los lisiados

“En una época en que los normales se han entregado a la locura, esas personas, pese a que sean existencias rotas, recuerdan posibilidades mejores de ser hombre”.
(Sloterdijk, 2012, p. 69)

Desde la antigüedad se ha buscado deslindar qué es el hombre, tanto así que se ha guardado para las postrimeras del pensamiento frases icónicas acerca del asunto. Tal vez una de las más curiosas sea la que Platón formuló: “«el hombre es un animal bípedo implume»” (Platón, citado por Diógenes, 2007, p. 297). Esta consigna fue rápidamente rebatida por Diógenes, al que le decían el perro, pues después de desplumar a un gallo exclamó: “«Aquí está el hombre de Platón»” (Diógenes, 2007, p. 297); lo curioso es que la escena no acaba ahí, sino que el filósofo ateniense replicó: “[...] «y de uñas planas»” (Platón, citado por Diógenes, 2007, p. 297).

La cantidad de referencias acerca de tan grande incógnita no cesó en el mundo antiguo, sino que, por el contrario, se prolongó a lo largo de la historia, acumulando concepciones disímiles. Así, se ha dicho que el hombre es un animal político (Aristóteles), una sombra del inconsciente (Freud), el entrecruzamiento entre la representación y la voluntad (Schopenhauer) o, incluso, que es el hombre quien se produce a sí mismo bajo la acción esencial del trabajo —máxima del marxismo y de los jóvenes hegelianos— (Sloterdijk, 2012). Pues bien, toda esa masa de definiciones ha encontrado cierto contraste en las palabras promulgadas por Sloterdijk: “Ya es tiempo de desenmascarar al hombre como un ser vivo surgido de la repetición” (2012, p. 17).

Desde esta postura debe asimilarse que el hombre es producto del hábito³² o del ejercicio repetitivo que le moldea. Esto implica asumir que es un ser carente, roto o, si se prefiere, lisiado. La postura de Sloterdijk, tal y como lo menciona Santiago Castro-Gómez (2012) en “Sobre el concepto de la antropotécnica en Peter Sloterdijk”, se asienta en los presupuestos de la antropología de Gehlen —pensador cuestionado por sus vínculos con el partido nazi— de quien retoma la consideración del discurso de la biología, el nacimiento del hombre como ser vulnerable e inacabado y el rechazo de toda metafísica.

Para el pensador alemán la “incapacidad [es] una escuela de [la] voluntad” (Sloterdijk, 2012, p. 69) que lleva al virtuosismo, como lo fue el caso de Unthan, violinista que careció de sus extremidades superiores y que, a causa de su ejercitación constante, se volvió no solo hábil en la música, sino un artista experto que conquistó al público alemán. La precariedad del hombre roto también se manifiesta en el Quijote, pues, según se cuenta, era falto de seso, desdentado, de dedos rotos en su mano derecha, entre otras lesiones y fracturas. A pesar de ello, él jamás renunció a su voto como caballero, siempre se ejercitó una y otra vez en la profesión de la lanza y la honra.

El cuerpo amortajado del Quijote recuerda al *Torso de Apolo* de Rilke que, pese a ser un fragmento de la divinidad griega, manifiesta su perfección y sirve de modelo al arte escultórico posterior; de igual forma, la figura del Quijote es el relato caballeresco encarnado en la eternidad. En esta línea, las existencias rotas son el epítome de la ascetología, pues “[al] conseguir desplegar las paradojas de su forma de existencia, la gente impedida puede convertirse en docentes convincentes de la *conditio humana*, seres en ejercicio de una categoría especial, que traen un mensaje a quienes se ejercitan en general” (Sloterdijk, 2012, p. 68).

32 El hábito es estudiado en el apartado: *Del ejercicio y el hábito*.

El ejemplo o modelo de esa condición humana varía según cada individuo y la forma como se enlaza con estos; a pesar de ello, algunas de esas figuras son preestablecidas, de tal suerte que todo hombre se encuentra, de una u otra manera, atravesado por ellas. Esos modelos de virtuosismo funcionarían como fuerzas gravitatorias de los sujetos, las cuales han sido denominadas por el filósofo alemán como 'tensiones verticales'. En el caso del hidalgo, Don Quijote, su deseo o fuerza de atracción reside en Amadís de Gaula y en todos los caballeros andantes de los que tiene conocimiento; sin embargo, el grado de ejercicio y perfección al que llegó le permitieron, a su vez, ubicarse en el panteón y ser guía de otros hombres. Tanto así que Amadís de Gaula le dedicó los siguientes versos:

Tú, que imitaste la llorosa vida
que tuve ausente y desdeñado sobre
el gran ribazo de la Peña Pobre,
de alegre a penitencia reducida [...]
tendrás claro renombre de valiente;
tu patria será en todas la primera;
tu sabio autor, al mundo único y solo.
(Cervantes, 2001, p. 18)

Puede ser cierto que nadie busca asemejar la locura del Quijote, pero a su vez, su fuerza como personaje ha obnubilado el campo literario y cultural, y en este los más avezados escritores han buscado replicarlo; en suma, tanto él como Cervantes fungen como andamio sobre el cual puede extenderse toda 'tensión vertical'. Ahora bien, la excelencia a la que puede aspirar y llegar todo ser humano se esgrime sobre las existencias quebrantadas; de ahí que, en tanto sinónimo del lisiado, don Quijote reciba el remoquete: *El Caballero de la Triste Figura*. De hecho, en uno de los episodios más conocidos de la novela, se ve en la necesidad de sanarse o conquistarse y para ello elabora el bálsamo de Fierabrás, que poseía mágicas cualidades o al menos eso se contaba, con tan mala fortuna que lo vomitó sobre su noble escudero Sancho Panza "y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo

señor, y quedaron entrambos como de perlas” (Cervantes, 2001, p. 125). Este pasaje nos hace recordar que el constituirse como hombre no acepta fórmula mágica ni atajo alguno, pues implica, por necesidad, la ejercitación y la repetición, para lo cual debe desarrollarse todo un sistema de respuesta, un sistema inmunológico.

Sistemas inmunológicos: Una reflexión acerca de la condición del Quijote

En la plétora de novedades cognitivas que han visto la luz del sol de la modernidad no hay ninguna que sea comparable, ni de lejos, con la aparición y el conocimiento de los sistemas inmunológicos en la biología de finales del siglo XIX.
(Sloterdijk, 2012, p. 21)

En el apartado anterior nos propusimos abordar, de la mano de Sloterdijk y en juego con *El Quijote*, la pregunta antropológica ‘qué es el hombre’. Ello nos permitió avanzar en una condición necesaria para la constitución de lo humano, el ejercicio y la repetición. En el apartado que presentamos a continuación ubicaremos al *Quijote*, y con ello a la lectura, dentro del sistema inmunitario psicoimmunológico.

George Ebers, en 1862, le compró a un comerciante egipcio un papiro que contenía un tratado de medicina antigua, uno de los más importantes según se tiene noticia; en él aparece la enfermedad como efecto de seres demoniacos que poseían al cuerpo. La importancia del manuscrito radicaba en que posicionaba a la enfermedad como infección. De hecho, Canguilhem considera que: “Sin querer atentar contra la majestad de los dogmas pasterianos, podría afirmarse que la teoría microbiana de las enfermedades contagiosas debió por cierto una parte no desdeñable de su éxito a lo que en ella hay de representación ontológica del mal” (1978, pp. 17-18).

La idea de que organismos parasitarios entraban al cuerpo y le hacían mella se enlaza con los sistemas inmunitarios, en tanto son dispositivos “*a priori* de defensa y reparación” (Sloterdijk, 2012, p. 22) que atraviesan todo el campo biológico y se alojan al interior de los seres vivos como programas que permiten su subsistencia. Cabe la pena aclarar que las enfermedades no solo son de orden infeccioso, sino también dinámicas, es decir, de desequilibrio al interior de los cuerpos, teoría planteada por los griegos.

En esta línea, la locura del Quijote, de cierta manera y jugando con los términos, se encuentra como bisagra entre ambas visiones, pues se vincula directamente con lo estipulado por los pensadores helénicos, debido a que es el desequilibrio de su rutina, en las comidas y ejercicios diarios lo que le llevan a perder la razón; no obstante, yace el aura enigmática de la infección, toda vez que el mal le es inoculado por su afición a la lectura de libros de caballería. Hay algo en los libros, un extraño manto, que termina por mermar la cordura de Alonso Quijano. Ciertamente, Cervantes pone en boca de la sobrina las siguientes palabras para apuntar a aquel perturbador impulso derivado de los libros y su lectura:

¡Ay, señor! [...] puede vuestra merced quemar como los demás, [*La Diana* de Jorge Montemayor,] porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. (Cervantes, 2001, p. 50)

La existencia del libro como portador parasitario bebe, ineludiblemente, de la concepción egipcia e, incluso, se podría afirmar que el Quijote posee un sistema inmunológico quebrantado que le impide luchar con la infección caballeresca que se hace de sus sesos; no obstante, aún es demasiado pronto para llegar a tal conclusión, pues Sloterdijk aclara que:

Tenemos razones para no contar en el hombre con un único sistema inmunitario, el biológico, el cual, estando como está en el aspecto evolutivo en primer lugar, en la historia de los descubrimientos humanos se encontraría, sin embargo, en el último. En la esfera humana existen no menos de tres sistemas inmunitarios, los cuales trabajan superpuestos, con un fuerte ensamblaje cooperativo y una complementariedad funcional. Sobre el sustrato biológico, en gran parte automatizado e independiente de la conciencia, se han ido desarrollando en el hombre, en el transcurso de su desarrollo mental y sociocultural, dos sistemas complementarios encargados de una elaboración previsor de los daños potenciales: por un lado, un sistema de prácticas socio-inmunitarias [...]; por otro lado, un sistema de prácticas simbólicas, o bien psico-inmunológicas. (2012, pp. 23-24)

Así, el ser humano es un *homo immunologicus*, un animal que crea sistemas que le permiten protegerse de los peligros externos, de las amenazas del entorno. Estos traspasarían el ámbito biológico y se introducirían en las estructuras simbólicas, que algunos denominan como 'cultura', pero que Sloterdijk, en franca lucha contra los universales abstractos, identifica como sistema socio-inmunológico. Dentro de esta práctica inmunitaria se encontrarían los aparatos jurídicos, sociales, políticos, económicos, etc.; en suma, toda una serie de mecanismos solidarios en la consecución de esos órganos complejos en los que se desarrolla la vida con otros.

Ahora bien, el tercer grupo o escenario de las prácticas inmunitarias encontraría cabida en los sistemas psico-inmunológicos, a través de los cuales los sujetos actúan sobre ellos mismos, a fin de mantenerse en forma. Toda ética o ascesis se alojaría en esta línea de comprensión y encontraría su eco bajo la consigna: "Has de cambiar tu vida". Sin duda alguna, tanto los sistemas socio-inmunológicos como psico-inmunológicos hacen parte, exclusivamente, del ser hombre, de tal forma que se distancian del ámbito puro de lo biológico; pues por más que se reniegue de la naturaleza, de la animalidad latente en el bípedo homínido que crea signos, siempre se encontrará ligada a ella.

El puente entre naturaleza y cultura es la vida como ejercicio, de hecho, Sloterdijk afirma: “sólo hay seres humanos desde que se emplean en la construcción de ese puente” (2012, p. 26). Por supuesto, el ejercicio forjaría y enriquecería los sistemas inmunitarios frente a la muerte, una de sus grandes amenazas, de ahí que el hombre construya símbolos y se recluya en su interioridad, como manera de hacer del mundo su casa, su *‘dómos’* (δόμος).

En el caso de Alonso Quijano hay un mundo que se le presenta huidizo y esquivo, el mundo de los grandes nombres caballerescos, los juramentos y las armas puestas a favor del rey; ese lugar o, mejor, ese tiempo que desea hacer suyo está perdido y puede ser vuelto a la memoria en el silencio de los libros, puesto que en ellos se recrean las posibilidades simbólicas que busca. Con todo y ello, el sistema psico-inmunológico del hidalgo Quijano se muestra robusto, llegando a eyectar su ingenio a límites insospechados, trocando lo externo en cosa de caballeros, ya sean molinos en forma de gigantes, ventas en castillos, campesinas en doncellas, etc. De ahí que el Quijote cuente con dos caras totalmente disímiles —acaso complementarias— en sus sistemas inmunológicos. Por un lado, en un aspecto netamente biológico, padece la locura de la cual Alonso Quijano no puede ser librado a causa de la infección contraída por acción de los libros. Por el otro, su sistema psico-inmunológico, propio del mismísimo Quijote, se antepone a los estándares consensuados y brinda las herramientas suficientes para hacer del mundo el habitáculo que desea. Efecto inmunológico que trastoca el mundo y la manera de habitarlo.

Del ejercicio y el hábito

*"¡Ante todo y primero las obras!
¡Esto es, ejercicio, ejercicio, ejercicio!"
(Nietzsche, 2017, p. 69)*

En el primer apartado de este capítulo abordamos la pregunta antropológica 'qué es el hombre' y con él nos avanzamos en una condición necesaria para la constitución de lo humano, el ejercicio y la repetición. En el apartado dos ubicamos al Quijote, y con ello a la lectura, dentro del sistema inmunitario psicoimmunológico. En el siguiente apartado analizaremos, tomando como referencia al Quijote, el potencial del ejercicio y el hábito al interior de las propuestas de Peter Sloterdijk.

El *homo immunologicus* necesita de la ejercitación para desarrollar el puente entre lo natural y lo cultural, de tal suerte que el mundo llega a moverse al ritmo de lo improbable. Se tratará de hacer "fácil lo imposible" (Sloterdijk, 2012, p. 247). En otras palabras, el principio rector de este inquieto planeta de ejercitantes será aquel concerniente a la probabilidad de lo improbable, la lucha por elevarse sobre lo ordinario. De hecho, la proeza esperada guarda la esperanza de estar en el siguiente paso. La insatisfacción y la necesidad de diferenciarse de la manada hacen del hombre un ser ejercitante. Aquí reluce el carácter ascético del ejercicio en tanto mejora de sí. Una mejora que, como horizonte de posibilidad, está un paso adelante del esfuerzo actual.

De tal magnitud es la fuerza de la ejercitación que vemos prodigiosos atletas, acróbatas y funámbulos consagrados a la gloria; no es gratis que las esculturas helenísticas retraten a los dioses en excelentes condiciones físicas. Una de las cosas que nos asombran de esos hombres es su propensión al peligro, haciendo de este su oficio (Nietzsche, 2011), pues al hacerlo transmutan lo imposible por lo posible. Tal es el caso del Quijote que, en una época donde los caballeros han entrado en desuso, es capaz

de romper el tiempo y sobreponer su mundo frente al que le ha sido dado.

El ejercicio no solo captura la esencia del imperativo "*Has de cambiar tu vida*" sino que, de hecho, es la marca distintiva de lo que somos o hemos llegado a ser. Sloterdijk lo entiende cuando considera el texto de Kafka, *Informe para una academia*, pues al inicio de este existe una pregunta tácita que sobrevuela todo el discurso subsiguiente, a saber: ¿Cómo ha llegado usted a ser lo que es? O si se desea ser más claro: ¿cómo es que usted, habiendo sido un simio, se ha vuelto un hombre? La contestación engloba al relato en primera persona de Peter el Rojo, un simio que al no encontrar salida alguna debió hacerse hombre, lo que le supuso aprender a estrechar la mano, a escupir, fumar, tomar alcohol de una botella de caña y, por supuesto, hablar; de lo que Sloterdijk concluye: "Sin estímulos y narcóticos el hombre no puede convertirse en aquello que debe representar en su círculo" (2012, p. 94).

Llama la atención que Peter el Rojo es un hombre porque aprende ciertas formas particulares, por ejemplo, de beber, que a su vez le canjean el habla, así confiesa una noche:

sin que nadie se diera cuenta, tomé una botella de caña que alguien, en un descuido, había olvidado junto a mi jaula, y ante la creciente sorpresa de la reunión, la descorché con toda corrección, la acerqué a mis labios y, sin vacilar, sin muecas, como un bebedor empedernido, revoloteando los ojos con el gaznate palpitante, la vacié totalmente. Arrojé la botella, no ya como un desesperado, sino como un artista, pero me olvidé, eso sí, de frotarme la barriga. En cambio, como no podía hacer otra cosa, como algo me empujaba a ello, como los sentidos me hervían, por todo ello, en fin, empecé a gritar: "¡Hola!", con voz humana. (Kafka, 2017, p. 7)

De todo ello se desprende la idea de que somos aquello en lo que nos ejercitamos, concepción presente en Cervantes cuando titula al primer capítulo de su portentosa novela: "Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de

la Mancha” (Cervantes, 2015, p. 27). La condición y ejercicio aparecen como palabras que se suceden y complementan, ya que permiten enunciar aquello que es el Quijote: un hidalgo, no porque este título fuese mención de un rey, sino porque poseía un rocín, un galgo, una hacienda y “un ama que pasaba los cuarenta” (Cervantes, 2001, p. 23); pero todavía más importante, porque se ejercitaba en la caza y la administración de su hacienda.

En este sentido puede pensarse que el ejercicio se constituye como hábito, que a su vez podría entenderse como una estabilidad y con ello inmovilidad; sin embargo, la posibilidad de ejercitarse se presenta como disposición, aspiración y medio para dejar de ser lo que se es. El ejercicio es, en consecuencia, juego entre acto y potencia. Ahora bien, hay una desafortunada visión acerca del *habitus*, proveniente de la sociología de Pierre Bourdieu, quien lo cimentó en la idea de que la clase social adiestra al sujeto, atándolo a sus condiciones y esgrimiéndolo en la consigna: eres lo que se ha hecho de ti, no puedes escapar de la etiqueta que se te ha dado. En cambio, el hábito o la costumbre deben una extensa tradición a Tomás de Aquino y a Aristóteles, donde se fundamenta como el entrenamiento que permite el virtuosismo de los hombres; por ende, una acepción del término remite a un estancamiento, mientras que la otra conduce a una cualificación.

El *habitus*, como teoría del entrenamiento, permite articular todo un conjunto de ejercicios a modo del Jano bifronte:

que con una cara mira hacia atrás, a la serie de acciones similares del pasado, en las que ella ha tomado cuerpo, mientras que con la otra cara mira hacia delante, a las próximas ocasiones donde debe acreditarse de nuevo. El *habitus* constituye, con ello, una «potencia» que se ha ido formando a partir de actos interiores y que se «actualiza» en actos renovados. (Sloterdijk, 2012, p. 238)

Así, el *habitus* se expresa en los ejercicios que hemos establecido en el pasado y los que llevaremos a cabo, juego de lo que fue y

será como presente sempiterno. La tensión del hábito como Jano bifronte yace representada en el personaje de Cervantes, pues, tal y como se mencionaba algunas líneas más arriba, Quijada aparece como hidalgo, pero también como aquel heroico lisiado que se ejercita en la profesión caballeresca. Dos rostros de un mismo ser que se van intercalando. Luego, uno de esos rostros se superpone con mayor vehemencia y, a su vez, establece una nueva 'tensión vertical' que crea la dualidad inexpugnable de toda existencia. En efecto, en el capítulo tercero titulado: "Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero" (Cervantes, 2001, p. 32) nace un nuevo impulso: ser el mejor caballero que se haya concebido sobre la faz de la tierra. Arrojo que aparece como germen desde las primeras páginas de la novela.

En esta medida, el *habitus* interesa, sobre todo, porque funciona como 'catapulta' o 'catapultamiento', que responde a la pulsión humana hacia la diferenciación en aquella empresa existencial de hacerse humano o, en el caso del Quijote, de hacerse caballero, hombre de armas y de honor. Es este movimiento perpetuo, el de salir de la inercia, de lo habitual, de la cotidianidad, el que permite elevarse sobre las alturas de lo normalizado, haciendo posible la aparición del *homo athleta*. Estos seres inusuales, anormales y excepcionales son los verdaderos acróbatas, objetos de la mirada de aquellos que permanecen en tierra; liberado de la tensión gravitacional que opera en el mundo de abajo —el de las costumbres estáticas o 'campamentos de base'³³ como prefiere llamarlos Sloterdijk— el acróbata logra situar nuevas cumbres. En medio de este tipo de hazañas, no solo

33 Sloterdijk afirma sobre el campamento de base: "El discurso de Nietzsche sobre el último hombre nos suministra la primera versión del problema del campamento de base. Aparece tan pronto como se hizo posible la afirmación programática de que el campamento de base y la cumbre son lo mismo, o mejor, cuando puede expresarse totalmente en serio la opinión de que la estancia en el campamento de base y su prolongación en ella hace superflua cualquier clase de expedición hacia las cumbres". (2012, p. 231). Si desea saber más al respecto, se recomienda consultar el libro: *Has de cambiar tu vida*, principalmente en el cuarto capítulo.

se crea un abismo, un distanciamiento, una escisión entre el acróbata y la muchedumbre expectante, sino que supone *de facto* nuevas formas ejercitantes. Así lo hace ver Sloterdijk citando a Karl Jaspers:

[...] ‘Pero lo que el individuo logra, cambia, sin embargo, indirectamente a todos’. Al llevar a cabo estos individuos extremos sus ejercicios en el alambre de la humanización introducen para los congéneres restantes el deber de hacer sus pequeñas acrobacias, para permanecer dentro de la comunidad de ejercicios de los seres convertidos en humanos. (2012, p. 250)

Ese sujeto “escindido” del que habla Jaspers, distanciado de sí y de lo que es, ya no puede seguir siendo lo que era y aquellos que lo observan tampoco podrán volver a la normalidad del mundo anterior. A partir de ahora se ha configurado una nueva ‘normalidad’ y tendrán que entrenarse en nuevos hábitos. El hombre ejercitante deberá tomar distancia de sí, cuidar de lo que es y ejercitarse. Este es el imperativo del *homo athleta*.

De este modo, el hombre ha de cuidarse de caer en la inercia de las costumbres, pasiones y opiniones que le serán transferidas mediante la educación, ya que puede ser tragado por las sombras de lo común, de la masa; deberá sobreponerse a partir del ímpetu y la posibilidad de ir más allá de la oscuridad que amenaza con consumirlo: lo ya dado, lo acabado. En el caso de don Quijote, este aparece como un acróbata de la caballería, un individuo que, rompiendo con lo que se espera de él, trasciende más allá de sí mismo, se enfrenta con su sin razón a la razón acostumbrada, a la continua opinión del deber ser y hacer, toma su rocinante y emprende las más “descabelladas” aventuras, decidiendo ser de otro modo. Se presencia así un ser activo y vivaz que “participa en un programa de despasivización de sí mismo y pas[a], de un estado donde era meramente un ser moldeado al otro lado, al lado de los moldeadores” (Sloterdijk, 2011, p. 253).

El hidalgo enflaquecido presenta en nuestra lectura una postura que nos permite mostrar el potencial del ejercicio y el hábito

al interior de las propuestas de Peter Sloterdijk. Como se pudo observar, para el filósofo alemán, no debe negarse la presencia de las costumbres en el trono del hombre, por el contrario, la repetición se posiciona en la construcción del individuo, en la constitución acrobática del hombre. Este, al ser condenado a la ejercitación, no puede quedarse en la inercia. En consecuencia, todo acto del individuo tiene como propósito tender a más, siempre en un constante enclave hacia un prospecto vertical.

El proyecto del Quijote era:

[...]hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a *ejercitarse*³⁴ en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. (Cervantes, 2015, p. 31)

El señor Quijada muy bien podía mantenerse en la inercia, seguir leyendo y administrando su hacienda, como lo había hecho durante años, pero él quería ir más allá, tenía como foco un tipo de hombre que solo alcanzaría en la medida en que se levantara de su silla. De este modo se hizo artífice y artificio de su acción. Asumió las riendas de su propia existencia. Don Quijote de la Mancha hizo de sí un *homo athleta* y su impulso fue la lectura.

La lectura como domesticación

En el primer apartado de este capítulo abordamos la pregunta antropológica 'qué es el hombre' y avanzamos en una condición necesaria para la constitución de lo humano, el ejercicio y la repetición. En el apartado dos ubicamos al Quijote, y con ello a la lectura, dentro del sistema inmunitario psicoimmunológico. En el apartado tres analizamos el potencial del ejercicio y el hábito. En el siguiente apartado examinaremos, desde el Quijote, a la

34 Las cursivas son nuestras.

lectura como proceso de domesticación que permite dar forma, establecer una morada, y crear vínculos.

La tradición reflexiva en torno a la lectura es relativamente nueva, sobre todo si se le toma por asunto central a dilucidar; es verdad que las diversas corrientes hermenéuticas han dado apuntes interesantes sobre la cuestión; no obstante, no dejan de ser suficientes y como muestra de ello yace la declaratoria que realiza Barthes en una de sus conferencias:

Respecto a la lectura me encuentro en un gran desconcierto doctrinal: no tengo una doctrina sobre la lectura: mientras que, ante mis ojos, se está esbozando poco a poco una doctrina de la escritura. Este desconcierto a veces llega hasta la duda: ni siquiera sé si es necesario tener una doctrina sobre la lectura; no sé si la lectura no será, constitutivamente, un campo plural de prácticas dispersas, de efectos irreductibles, y si, en consecuencia, la lectura de la lectura, la metalectura, no sería en sí misma más que un destello de ideas, de temores, de deseos, de goces, de opresiones, de las que convendría hablar. (1994, pp. 39-40)

Sin duda, la lectura es un enigma, no tanto por su ejecución mecánica, sino, de hecho, por los diversos modos en que puede darse; a lo cual ha de sumarse el hecho que, a nivel investigativo con respecto a la escritura, se encuentra rezagada. Sin embargo, claramente, guarda una relación inextinguible con esta, hasta el punto de darse la posibilidad de escribir la lectura (Barthes, 1994). Derrida planteará de manera perentoria esta proximidad al afirmar: “no hay nada por fuera del texto” (Derrida, 1971). Más allá de estas consideraciones, hemos deseado afrontar el problema desde la antropología filosófica, para así entender la lectura como un dispositivo productor de hombres y, por supuesto, un medio para hacerse a sí mismo. Cambio en la mirada que habilita modos distintos de navegar en las profundidades de la lectura y sus territorios.

El filósofo alemán Sloterdijk posiciona la lectura como artefacto de domesticación del hombre. A primera vista, la palabra puede

parecer altisonante, pero, sobre todo, concierne a un significado profundo y nada banal de la acepción; en el lenguaje común, el acto de domesticar se encuentra emparentado con “hacer tratable a alguien o algo”, “reducir la animalidad” o “echar por tierra el salvajismo”; de hecho, la RAE (2020) lo anuda a los verbos: reducir y tratar; pese a ello aludiría al acto de dar forma, de moldear, que no por necesidad implica someter. De hecho, en el famoso texto de Saint-Exupéry, *El principito*, la palabra nos remite a otro significado que se enlazaría con lo mencionado, para ello cabe reparar en el siguiente diálogo:

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—, ¡estoy tan triste!

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—, no estoy domesticado.

—¡Ah, perdón! —dijo el principito. Pero después de una breve reflexión, añadió: —¿Qué significa “domesticar”? [...]

—Es una cosa ya olvidada —dijo el zorro—, significa “crear vínculos...”

—¿Crear vínculos?

—Efectivamente, verás —dijo el zorro—. Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, yo seré para ti único en el mundo[...]. (Saint-Exupéry, 2003, p. 22)

Así, domesticar también concerniría a crear vínculos, a estrechar relaciones con el otro y, por qué no, con uno mismo; vínculo que resuena con otro término, el de amistad. Amistad que, en tanto *philia*, no solo acerca sino que “crea lazos”. Empero, esta acepción solo es posible cuando encuentra eco en la raíz latina *domus*, que significa casa, hogar; por lo que equivaldría a hacer del otro mi hogar, mi lugar de morada, mi conexión y refugio con el mundo. Pero, a la vez, posibilidad de construir con aquel otro esa morada. En suma, se trata de una forma específica de habitar y, simultáneamente, de crear ese escenario.

Philippe Meirieu (2010) va un poco más allá y asume la domesticación como metáfora de la hospitalidad y bienvenida a los recién llegados. Domesticar, en este sentido, tendría que ver con dar entrada —integrar— al *domus*. Es así que domesticar asume la forma de aprender a vivir juntos, es decir, hospedar, con-vivir, compartir, crecer juntos. El niño, el recién llegado, el extranjero, tendrá que aprender todo lo necesario para poder vivir con sus semejantes. “Este es el precio a pagar para que te conviertas en miembro de la comunidad” (Meirieu, 2010, p. 22). El niño, ese recién llegado que debe ser hospedado, recibido y conducido, debe aprender las normas de la casa (Meirieu, 2010, p. 22). Es más, en clara sintonía con el carácter prematuro del ser humano que esboza Sloterdijk, Meirieu resalta una vez más que “todo hombre llega al mundo totalmente despojado y por eso todo hombre ha de ser educado” (p. 22). De manera que la domesticación, más allá de las acepciones comunes que ha asumido, tendrá que ver con crear lazos, pero también con esta suerte de acogida. Una extraña acogida, por demás, pues es un recibir que prepara para un nuevo viaje.

Todo ello nos indica que la domesticación funcionaría diagramáticamente desde cuatro ejes: 1-Como amansamiento de lo salvaje, 2- como el acto de dar forma, 3- como la morada habitada y 4- como acogida y creación de vínculos. Serían estas tres últimas formas sobre las que opera Sloterdijk, de ahí que cuando mencione que “una lectura adecuada amansa” (2006, p. 32) se refiera, tanto a la acción de dar forma como a la configuración de aquel espacio común. Una manera de habitar y de ser habitado.

De este modo, la lectura permite un cuidado y direccionamiento de los individuos a partir de políticas donde, por ejemplo, se asumen —la lectura y la escritura— como requisitos fundamentales para el florecimiento de las naciones. Al punto que Sloterdijk mismo llegue a igualar la lectura con el servicio militar en tanto gesto patriótico. Afirma Sloterdijk (2006): “el servicio militar obligatorio para la juventud masculina y la lectura obligatoria de los clásicos para los jóvenes de ambos

sexos caracterizan la era de la burguesía” (p. 26). Se implanta así el arquetipo del hombre intelectual que va a versar sus actividades hacia la lectura juiciosa y concienzuda de un canon específico. Entonces, desde esta matriz, no se trataría de leer por leer o de leer de manera desprevenida y aleatoria; de una u otra manera, habría una directriz mayor en la que la selección de los libros sería dada bajo distintos recortes y criterios, como por ejemplo, la idea de los clásicos. Aquello que se lee —y la manera como se lee— también responde a condiciones de posibilidad y, particularmente, a formas históricas de veridicción y subjetivación.

Si lo vemos bien, ese mismo arquetipo de los clásicos estaba ya latentes desde las primeras páginas de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la mancha*. Así lo deja ver Cervantes, quien, de forma inteligente y satírica, recrea en el escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la biblioteca del Quijote bajo la preeminencia de las buenas lecturas y la modulación del tipo de lecturas permitidas. Una suerte de tensión entre la policía de la lectura y de los discursos con la voluntad de leer. La proscripción, la quema y la sanción anteceden, de esta manera, formas patológicas derivadas de la lectura. Una lectura que, una vez más, muestra toda su fuerza modificante sobre aquellos que osan estrechar los vínculos con los espíritus que reposan en los libros.

el ama [...] [tomó] una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

—Tome vuestra merced, señor licenciado [refiriéndose al sacerdote], rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barquero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser halla algunos que no mereciesen castigo de fuego. (Cervantes, 2001, p. 46)

Siguiendo este enclave podemos precisar que, a nivel social, la lectura se presenta como una directriz, en la que la selección de textos será regulada desde discursos y formas imperantes.

Ciertamente las páginas de los libros contienen en sí mismas un gran riesgo para la cotidianidad y su orden. El Quijote es expresión del efecto perturbador y creador de las letras que, como dormidas, esperan su momento. Este es el peligro que tanto temen los guardianes de las buenas maneras, el correcto pensar y la cordura. De hecho el canon, entre otras estrategias normalizadoras, emerge como artefacto ordenador.

En el caso del maltrecho hidalgo, nos encontramos con la quema de libros anunciada en la cita anterior, así como con el ritual del hisopo que representa el exorcismo de los libros, como si estos fuesen objetos malditos dispuestos a profanar la sagrada normalidad; libros que parecen compartir la naturaleza mística de las voces de las sirenas. En efecto, los libros refugian demonios (*daimon*) junto con su fuerza disruptiva, modificante, de-formante. Claramente, toda modulación es irrupción, afectación, en una palabra, de-formación, en tanto alteración de una forma para dar lugar a otra. Así pues, formar implica, simultáneamente, de-formar, in-formar y trans-formar. En este punto cabe recordar que es el sacerdote, precisamente, quien se encargó de decidir qué libros debían quedarse en los anaqueles, en un evidente gesto de dominio de la religión frente al establecimiento de los buenos libros y lecturas. La religión representaría, en este caso, uno de aquellos entes encargados de dictar el canon y fijar las formas de leer en el intento —o ilusión— de regular y administrar los efectos de la lectura. Cuestión también palpitante siglos después en otro insigne texto, heraldo de su época, ante la siempre presente pregunta antropológica y lo que significa ser humano. Una pregunta acompañada de otra pregunta: la de la lectura y la del hacerse humano. Una pregunta antropológica frente a la lectura o, si se prefiere, una inquietud por la lectura en tanto mecanismo productor de hombres ('humanizador'). En fin, en su breve opúsculo *¿Qué es la ilustración?*, Kant aborda el interrogante: «¿cómo se hace un hombre?», desde la idea de la autonomía y la huella de la razón; y se encuentra, tangencialmente, con el problema de los libros, la

lectura y la educación. ¡*Sapere aude!*³⁵ es el grito antropotécnico de la modernidad. En suma, para retomar el curso de la exposición, dictar el canon es, *ipso facto*, pretender encauzar la fuerza modificante de los libros junto con sus efectos formativos.

La lectura como lugar de domesticación constitutiva de las sociedades y dictadora de las normas imperantes (piénsese en su función en la construcción de ciudadanos que puedan participar de la democracia) tendría que ver con los sistemas socio-inmunitarios, formas que hemos heredado y nos permiten desenvolvernó en el artificio llamado cultura; por eso se puede afirmar que “la lectura ha constituido una gran potencia educadora de hombres” (Sloterdijk, 2006, p. 35). A pesar de ello, también es capaz de integrar modos de autoproducción de subjetivaciones encarnadas en las vidas de cada uno. Ese carácter hace alusión a los sistemas psico-inmunológicos que entrarían en contacto con lo que hace de sí Alonso Quijano.

Los ratos que estaba ocioso [el Quijote] –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aún la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos [...] En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. (Cervantes, 2015, pp. 28-30)

La lectura hace parte del ritual diario del señor Quijano. Este hombre, que día a día debía hacerse cargo de su hacienda, perdió por completo el interés por ello, para sumergirse en el mundo de las letras, grafos –diminutos e inofensivos en apariencia– que lo llevaron a cambiar sus hábitos. Sus ejercicios, especialmente el

35 La locución latina *Sapere aude* tiene diferentes acepciones: “atrévete a saber”, “ten el valor de usar tu propia razón”, “ten el valor de utilizar tu habilidad para pensar”, “atrévete a pensar”.

de la caza, se modificaron al igual que su modo de ser y operar en el mundo, por cuenta de las historias y universos abiertos con las páginas de los libros. *Stricto sensu*, sufrió una conversión — *metanoia*— en tanto transformación de sí mismo. En este orden de ideas, la lectura aparecerá como punto de anclaje de cierto tipo de ejercitación que hace de un hombre común un caballero —o ¿remedio de este?—. Relación con la lectura que resalta de manera clara y sostenida su carácter más *poiético* y hace de la vida misma *poiesis*, creación, invención, inacabamiento, modificación. Efecto de la lectura que desborda sus márgenes y se hace potencia, impulso *demiúrgico*, subjetivación y ejercicio.

La autoproducción del Quijote se vislumbra desde su nombre como personaje —¿sujeto?—, pues según se menciona “tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana” (Cervantes, 2001, p. 23). Curiosamente, en la segunda parte de la obra,³⁶ Cervantes nos dice que su verdadero nombre era Alonso Quijano; pese a ello, aparece a lo largo de la obra como Don Quijote, cambio sustancial respecto a sus apelativos. No obstante, será en el capítulo XIX, una vez el personaje ha realizado varias proezas de caballería, cuando reciba por parte de Sancho Panza el renombre del “Caballero de la triste figura”. Esa nueva designación marcaría un cambio en su persona, una consagración a causa de la *metanoia* (transformación) por la lectura, una bifurcación a una nueva realidad; en suma, una domesticación de sí mismo como preparación a la gesta acrobática acaecida en su persona y, por tanto, como ruptura.

Leer propicia en el hombre una ejercitación nueva, un tender a más; no obstante, la postura de Sloterdijk lleva a considerar

36 “Cervantes dividió el primer tomo de su Don Quijote en cuatro partes; pero continuó la numeración de los capítulos hasta el fin del volumen. Cuando publicó, diez años después, el segundo tomo, le dio el título de *Segunda parte*, por lo cual se ha considerado siempre dividida la obra en dos partes no más” (Nota del editor, en Cervantes, 2001, p. 63)

que la era de la lectura como propiciadora del cuidado de los hombres, ha sido soslayada bajo la modificación de los modos en que se relaciona el hombre con el mundo; esto significa, por ejemplo, que a partir de 1945 la domesticación estará a cargo de nuevos medios de comunicación como la radio y la televisión.

nuevos medios de telecomunicación político-cultural que han reducido a unas modestas dimensiones el esquema de las amistades surgidas de la escritura. La era del humanismo moderno como modelo escolar y educativo ha pasado, porque ya no se puede sostener por más tiempo la ilusión de que las macroestructuras políticas y económicas se podrían organizar de acuerdo con el modelo amable de las sociedades literarias. (Sloterdijk, 2006, p. 29)

Bajo ese turbio panorama en el que la literatura parece estar condenada a la marginalidad (al menos las viejas maneras de leer y el libro mismo), es bueno plantearnos los modos en que aún se hace resistencia a la muerte literaria expuesta por Sloterdijk; pues, así como nuestro querido hidalgo decidió leer los textos que se salían del canon para constituirse como el “caballero de la triste figura”, podemos plantearnos la posibilidad de hacer de nuestro *domus* literario las trincheras frente a la enajenación. Vale la pena precisar que los procesos de alfabetización en la escuela incurren en la producción de individuos capaces de proyectarse en el mundo; no obstante, vale la pena enfatizar la potencia de la lectura personal, aquella que transforma la subjetividad —desde su interioridad— en una relación psico-inmunitaria *a partir, con y desde* el texto escrito. Tal vez, la locura del Quijote figure el malestar de una época y su pérdida de la cordura exprese el intento de hacer de sí mismo algo *otro*, un intento por encontrar el hogar propio fuera de los lugares comunes designados por los hombres cuerdos.

Conclusiones

Los postulados de Sloterdijk se posicionan en el trabajo como herramientas de análisis, no solo de una época, sino del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*; o, quizás, el juego sea el

contrario: el Quijote ha sido nuestro pretexto para comprender los postulados del filósofo alemán, quien se ha esforzado por hacer una radiografía de las sociedades contemporáneas. Sea como sea, se ha emprendido un camino de comprensión que ilumina ambos costados. Así, vemos en ese panorama la lectura como movilizadora de los modos de ser que dieron cabida a la instauración de modelos políticos y sociales, pero también como propiciadora de subjetividades y modos de ser. Es lo que hemos designado como una aproximación antropológica a la lectura.

La lectura tiene la potencia de transformar, crear y recrear mundos posibles, tanto al interior de los individuos, desde su constante juicio y cuidado de la lectura personal, como en los aspectos sociales, al instaurar textos canónicos que hablan en y por cada una de las épocas. Como veíamos hacia el final del apartado anterior, Sloterdijk no tiembla al decir que los nuevos medios de educación, domesticación e incluso, enajenación de la sociedad, se centran en aparatos tecnológicos que han coaptado la atención que, en su momento, tuvo la lectura. Pero esta afirmación puede resultar demasiado amplia, pues, tal vez, a lo que nos estamos enfrentando es a nuevos modos de comprender y entender la lectura. Sería torpe encuadrarla dentro del libro de 300 páginas que será leído, de tapa a tapa, por cada individuo como mecanismo para adquirir la membresía de la selecta sociedad de intelectuales. Acaso, ahora la lectura pueda ser vista como un quehacer constante encuadrado en los banners, la publicidad, las noticias, los hipertextos, los tweets y chats, de modo que la lectura empezaría a situarse en los pequeños textos, en conjunción con nuevos símbolos, ideogramas y escenarios y, ante todo, en confluencia con nuevos hábitos y razones.

En nuestro caso, comprender que el *Quijote de la Mancha* se produjo a sí mismo en el acto de leer es una invitación rebelde a la autoproclamación de nosotros mismos, a recrearnos en el goce de darnos forma. Pero aún más importante es la ejercitación que estableció consigo el Caballero de la triste figura para ser lo que deseaba, al punto de convertirse en catapulta suya y de otros. Potencia del hacerse, modificarse y ampliarse y, por qué no, forma

inusitada de rasgar la inercia acuerpada en aquel amante de los libros, de sus aventuras y universos. En suma, Alonso Quijano es la muestra del movimiento del tender a más, de lo irreverente, de la razón de la sinrazón en un mundo acostumbrado a enmarcar el movimiento que debe seguir cada individuo, la locura encarnada que busca nuevos caminos y sentidos. El Quijote ha perdido la cordura, pero le ha dado sentido a su vida, quizás ese sea el movimiento que ha de ser asumido por cada ser humano. No es gratis que el gran escalador de las cumbres escarpadas del alma, Nietzsche, haya caído en el delirio.

Referencias

Barthes, R. (1994). *El susurro del lenguaje*. Ediciones Paidós.

Canguilhem, G. (1978). *Lo normal y lo patológico*. Siglo Veintiuno editores, S.A.

Castro-Gómez, S. (2012, agosto). Sobre el concepto de la antropotécnica en Peter Sloterdijk. *Revista de estudios sociales*, 43, 63-73. <http://dx.doi.org/10.7440/res43.2012.06>

Cervantes, M. (2001). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Casa editorial el tiempo. (Original publicado en 1605).

Cervantes, M. (2015). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Alfaguara. (Original publicado en 1605).

Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Siglo veintiuno editores.

Diógenes, L. (2007). *Vidas de los filósofos ilustres*. Alianza editorial. (Original escrito a mediados del siglo III).

Iriarte, I. (2016). *Goethe, Werther y la muerte*. *Revista Nova et Vetera*, 2(16), <https://www.urosario.edu.co/Revista-Nova-Et-Vetera/Vol-2-Ed-16/Columnistas/Goethe,-Werther-y-la-muerte/>

Kafka, F. (2017). *Informe para una academia*. Ediciones Akal.

Meirieu, Philippe. (2010). *Frankenstein educador*. Editorial Laertes.

Nietzsche, F. (2017). *Aurora*. Editorial Tecnos.

Nietzsche, F. (2011). *Así habló Zaratustra*. Alianza editorial. (Original publicado en 1885).

RAE (2020). *Domesticar*. En: <https://dle.rae.es/domesticar?m=form>

Reyes, Y. (2013). La sustancia oculta de los cuentos. En: *Leer para comprender, escribir para transformar – Palabras que abren nuevos caminos en la escuela*. Ministerio de Educación Nacional.

Saint-Exupéry (2003). *El principito*. Edición electrónica: Henry.

Sloterdijk, P. (2006). *Normas para el parque humano*. Ediciones Siruela.

Sloterdijk. P. (2012). *Has de cambiar tu vida*. Pre-textos.